

Pequeña mitología parisina

una crónica de **AN ESSAY BY** Alfredo Bryce Echenique
fotografía *photography* JEAN MARIE DEL MORAL





Volver a una ciudad en la que uno pasó muchos años es, invariablemente, una concesión a la más gastronómica melancolía. El escritor peruano regresa al París donde vivió entre 1969 y 1984, y muy a su manera —divertido, nostálgico, cariñoso, todo al mismo tiempo—, recorre los restaurantes, bares, cafés, hoteles y terrazas que guiaron sus pasos en esos años entre la escritura de *Un mundo para Julius* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Citando a su amigo Enrique Vila-Matas, París, con Bryce Echenique, no se acaba nunca

Era el quinto de una serie de viajes a Francia

y esta vez le propuse a Anita, mi esposa, poner en práctica aquello de la relatividad de las cosas de esta vida, muy a nuestra manera. El asunto consistiría nada menos que en empezar por el hotel más caro, en nuestra visita a París, e ir bajando en doce días hasta el más barato de cuantos conocí en los quince años que allá viví. Y, a guisa de complemento, el asunto se combinaría, al revés, empezando por comer cada noche en un restaurante de muy distinto nivel, desde un muy modesto cuscús argelino en algún antro del Barrio Latino, y terminando, cómo no, nada menos que en Le Grand Véfour, cuyos comensales incluyen entre miles de otros al gran Victor Hugo, hace siglo y medio, y al inmenso Orson Welles, más recientemente.

Por cierto, algunas reservas las tuve que hacer con meses de anticipación, pero realmente valió la pena tomar tantas precauciones. Y la recompensa no fue sólo la altísima calidad de unos condumios firmados por los más grandes chefs, tanto en el histórico Le Grand Véfour como en el inimitable Lapérouse, con vistas sobre el Sena y la vecindad del puente del Alma, sino por el espectáculo que es asistir al encendido de un cigarro puro —para un cliente que lo pide—, por un experto en la materia. Entre la prestidigitación y el malabarismo, yo realmente no sabía cuál elegir, a la hora de nombrar este *one man show* humeante que, tras dejar perfectamente bien encendido un inmenso habano, se lo entrega a su propietario y arranca con el próximo cliente. Y todo esto nos ocurrió, tanto en Le Grand Véfour como en Lapérouse, y quienes realizaron el encargo fueron, también en ambos casos, seis señores sin señoras, que jamás utilizaron

la palabra *dinero*, pero en cuya conversación, banal recuento de viajes de placer que uno de aquellos señores les contaba a los otros, y así sucesivamente, creo haber visto pasar antes mis ojos —o en todo caso ante mis oídos— todo el oro de Francia. Y tal vez sea éste el momento preciso para señalar que, tanto en Lapérouse como en Le Grand Véfour, Anita y yo éramos los únicos extranjeros, tal y como si el acceso a estos templos de la gran burguesía *bon vivante* de París, y de toda Francia, les estuviera vedado a los turistas. ¿Era yo una excepción, debida a los veinte años que viví en Francia, entre París y Montpellier? No necesito ayuda para responder yo mismo a esta pregunta: “Si nos hablara usted de veinte generaciones, señor, entonces sí, tal vez, pero...”.

Lo de los restaurantes se cumplió al pie de la letra, finalmente, pero en lo de los hoteles tuvimos que dejarlo a las cartas, porque al menos cinco eran el mejor hotel de París y, con absoluta certeza, tres, de entre unos diez realmente pésimos, merecían llevarse la palma en aquello de ser el hotel más pobretón de La Ciudad Luz.

Los naipes nos llevaron a empezar por el Hotel des Grandes Écoles, un viejo y barato local del Barrio Latino, cerca de la placita de la Contrescarpe, a cuyos cuatro costados viví, también por cosas del azar, durante los quince años parisinos de mi vida. Por allí también vivieron Descartes y Hemingway, que tan malos vecinos habrían sido, de haber sido contemporáneos, por supuesto. Y, no nos podemos quejar, el hotel de mis años *heroicos* se portó muy bien, en lo que a relación calidad y precio se refiere. Digamos, pues, que esta vez aquel primer hotel en





que nos alojamos se portó muy baratamente bien, y punto. Y de la misma manera en que el segundo hotel en que nos alojamos, esta vez sí sumamente elegante, aunque nada bien ubicado —13 rue des Beaux-Arts— dentro del mapa sentimental del París de mis años mozos y de mis recuerdos más entrañables, se portó muy encarecidamente bien, y punto, también. Curiosamente, este hotel tan elegante y original —no tiene una sola habitación, un solo mueble, una sola cortina que se parezca a otra, un ápice— lleva por nombre nada menos que la palabra Hotel, así, a secas, con tan sólo la hache mayúscula y el artículo que lo deja convertido en hotel LHotel. En él languideció, agonizó y murió Oscar Wilde, paria del destino, hombre, poeta y dramaturgo caído en absoluta desgracia tras haber sido el niño mimado del *todo* Londres de su tiempo, que era bastante más Londres que el de hoy, créanme ustedes. Y, al revés, en una época en que LHotel era muchísimo menos de lo que es hoy. En cambio, algo o mucho tendría que haber mejorado ya el hotel LHotel en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, cuando Borges se alojaba allí con su madre, cada vez que llegaba a París.

Nuestro hotel más barato de París, una ciudad en la que hay de todo para todos los presupuestos, incluso los largamente deficitarios, fue, por azarosa decisión de las cartas, uno que se encuentra perdido al fondo de la vetusta galería Jouffroy, donde se ejercen oficios que el viento ya se llevó, como el planchado de blanquísimas sábanas millonariamente bordadas con planchas anteriores al mismo carbón, planchas de metal recalentado y con su asita, y punto, en un mundo de grandes cristales suciones, gordas sin edad, brocantería y organdí. En fin, un tiempo ido que contrasta absolutamente con un vecindario en el que se encuentra la Bolsa de Valores de París. Respondía nuestro hotel nada menos que al nombre de Chopin y en él pudieron vivir Colette o Edith Piaf, en sus años más duros, y el aspecto de descosido edredón decimonónico que, digamos, se asoma por sus oscuras ventanas, nos hizo alojarnos ahí pagando un precio de saldo por una habitación sin duda lúgubre y por un baño que amenazaba con ser aún peor. En todo caso, era lo que prometían aquella vetusta fachada y aquel titubeante y anémico letrero de un muy sospechoso color violeta. Pero quién lo hubiese soñado: un baño absolutamente moderno, e impecable, que remataba ya la gran sorpresa de una habitación realmente de primera, terminó por corroer hasta los cimientos todas nuestras certidumbres acerca de los hoteles de París. Pero sin duda lo mejor de aquel viaje a París fue mi

retorno, al cabo de años, al Bar Hemingway, aquel al que llegara a brindar y festejar Hemingway con doce tipos duros y sucios y sin nacionalidad muy precisa, por una liberación de París a la que él y su gente aventurera habían llegado antes que las mismas tropas aliadas, aunque otro gran mítomano, también escritor y aventurero, André Malraux, clamara hasta el día de su muerte que él había llegado antes que ese gringo metiche, y nada menos que con veinticuatro hombres sucios a sus órdenes, y además todos muy franceses y muy heroicos, faltaría más. En fin, que sólo para empezar, pues, diremos que aquel día histórico y de sucio aspecto se consumieron por lo menos tres docenas de martinis dobles y muy secos en un bar al que, en aquel momento, a nadie se le habría pasado por la cabeza que algún día llevaría el nombre de uno de los sucios soldados aficionados que empinaban el codo en la barra. Porque los hombres duros no bailan, se retiran fumando, y beben sus copazos de pie.

Frecuenté el Bar Hemingway, noche tras noche, treinta años atrás, cuando aún era un joven profesor de literatura. En la Universidad de París transcurrieron miles de horas de mi aventura con una muchacha de dieciocho años —o sea, menor de edad, por entonces, en Francia— y que había empezado a la salida de mis clases en la Facultad de Letras. Yo solía irme entonces a nadar en la piscina del campus, y esta muchacha, llamada Sylvie y de apellidos compuestos, interminablemente largos, y precedidos siempre por la preposición *de*, me seguía y me conversaba y, luego, al salir del agua, me proponía llevarme en su auto a mi departamento del Barrio Latino, lo cual, la verdad, entonces era algo de agradecer, ya que de lo contrario tenía yo que tomar el sucio tren que llevaba de Nanterre hasta la estación de Saint Lazare, pasar de ahí al metro y efectuar aún varios cambios más hasta llegar a la estación de metro más cercana a mi departamento, en la horrible plaza Monge.

Ahí cenábamos y después nos íbamos en su auto a tomar martinis en el Bar Hemingway, hasta bien entrada la noche. Y ya de madrugada, a empinar el codo también en otros tres míticos bares parisinos: el Harry's, donde se inventó el Bloody Mary Budas actual; el Calavados, y el Rosebud, de la rue Delambre, en el corazón del barrio de Montparnasse, plagado hasta hoy por generaciones de norteamericanos de todo tipo y color, atraídos por el barrio y por el nombre multívoco y provocador del lugar.

Y “la del alba sería” cuando acompañaba a Sylvie hasta una mansión del bosque de Boulogne, y a mi departamento regresaba luego en un taxi, a tiempo



para prepararme un buen jugo de naranja, unos huevos batidos y un café triple que me permitía aún preparar mis clases para esa tarde, antes de tumbarme a dormir. Fueron años, varios años, en los que no recuerdo haber dormido nunca más de tres o cuatro horas al día. “Como Sartre”, me decían los colegas franceses, célebre por sus mil cafés al día en el Café de Flore o en el Les Deux Magots y sus tan sólo cuatro horas de sueño por noche.

Pero una madrugada de éstas me detuvieron, me prohibieron salir con la muchacha de los mil apellidos compuestos y larguísimos, mas no hicimos caso alguno, y un día en que regresaba del teatro a mi casa la policía me metió en un vehículo herméticamente cerrado, y lo último que recuerdo es un feroz golpe en la cabeza con un botellón de vino tinto y haber aparecido treinta y tantos días más tarde en un lejanísimo hospital de un suburbio parisino. Entretanto, ella se había casado con un conde italiano.

Pues nunca fuimos más felices, porque el conde era cazador y su familia había pactado con la de Sylvie que los fines de semana los pasaría ella en París, para que el condecito aquel —que medía la friolera de dos metros y siete centímetros, sin duda alguna para que se le disfrutara desde muy lejos, pues era un verdadero adonis— cazara a su antojo en Kenia o en Etiopía. O sea que cada viernes al atardecer mi pobre departamento de la rue Amyot se llenaba de flores y la fiesta arrancaba y seguía imparable hasta la madrugada del lunes, en que al fin lograba yo dormir unas horas y pegarme luego un reparador duchazo en los baños públicos del barrio, ya que, aunque allí hubiera vivido antes que yo un matrimonio con tres niños que nacieron y crecieron incluso ahí, y aunque él fuera nada menos que vocal de la Corte Suprema de Justicia de Francia, aquel departamento, idealmente ubicado en la más tranquila y luminosa calle del Barrio Latino, no tenía ducha ni bañera alguna. En realidad, fui yo quien, ante el temor de contagiarme de hongos en unos baños públicos no siempre del todo garantizados o, lo que es lo mismo, desinfectados, logré crear una ducha portátil aprovechando la única toma de agua del departamento —la de la cocina— y haciendo uso para ello de una manguerita metálica, una palangana de plástico que se rebalsaba al menor descuido, una cortina de hule y un complejo sistema de poleas para bajar y subir el telón.

Tras el cantado divorcio de la pareja, lo que en el fondo había quedado entre aquella preciosa muchacha delgada, morena y que traía la felicidad, y yo, era un formidable poso de afectos, complicidades, de millones

de locos recuerdos, de una inmensa amistad. Hoy ella vive en Munich con un duque alemán y yo hace tres años me casé con Anita. Pues lo primero que hicimos ambas parejas fue darnos una cita en Bolonia. Fue un encuentro inolvidable para cuatro personas llenas de afecto y respeto. O sea que, de regreso a París y nada menos que en el legendario Bar Hemingway, donde el escritor norteamericano llegó horas antes que las tropas que liberaron aquella ciudad y se pidió más de un martini doble y muy seco, lo primero que hicimos Anita y yo fue reclamar nuestros martinis, muy secos y muy dobles... O también, por qué no, saltarnos a la torera todo este elegante homenaje al pasado, remontándonos a un pasado aún más remoto en mi vida parisina: el del bar de la X.

Quedaba este pequeño bistró frente al antiguo emplazamiento de la Escuela Politécnica y lo regentaba una señora que, desde hacía décadas, conocía la vida y milagros de cuanto alto cuadro de la administración francesa proviniera de aquella superelitista escuela. Y las bellezas de la gran burguesía francesa se reunían con sus futuros esposos y dirigentes de Francia en aquel local de tres por cuatro, en el que yo diariamente tomaba un par de copas de algún tintorro, leyendo o releendo las cartas de mi madre o de algún amigo del Perú. Vivía en la calle en que estaba la escuela, apenas a unos metros del bar de la X, donde *madame Marie* preparaba los más extraños *hot dogs* que se han visto en este mundo. Calentaba primero una pequeña y muy espigada torre Eiffel de metal, y mientras ésta se ponía al rojo vivo, cortaba un trozo de *baguette*, que luego ensartaba en el hierro encendido de su torre, creando en ella un largo agujero con capacidad suficiente para introducir una salchicha empapada en una mostaza altamente picante. Yo era un cliente asiduo del bar de la X y debo haberme alimentado a fuerza de estos extraños *hot dogs*, que además ella llamó *bizouths* y no *hot dogs*, durante por lo menos un par de años. Era el hambre, lo sé, pero, con dos o tres tintorros, me encantaban. Lo malo, claro, es que nunca llegaba a fin de mes con dinero en el bolsillo y entonces tenía que pedirle fiado a *madame Marie*. Nunca me lo negó, pero eso sí: cuando podía pagarle, podía también beberme botellas enteras de su tintorro, si lo deseaba, pero, cuando era ella la que fiaba, la cosa era muy distinta: fiel a una extravagante ética, *madame Marie*, que tanto vino vendía y cobraba diariamente, cuando fiaba, únicamente fiaba comida y unos aterradores vasos de una leche amarillenta que, decía ella, era argentina.

